

Para ser un país de clase mundial

Los líderes políticos y empresariales chilenos han adquirido conciencia de que la prosperidad futura de nuestra nación depende, en gran medida, de la capacidad de innovar a partir de la aplicación de conocimientos. Sin duda, esto supone un marco favorable de factores políticos, económicos, sociales y culturales, junto con una alta inversión en investigación científica y tecnológica y la existencia de un sistema educativo de calidad. Un papel clave corresponde a las universidades de investigación, las que forman capital humano avanzado y generan los conocimientos que utiliza el sector productivo. Como ha dicho el experto en educación superior Phillip Altbach: «Para ser un país de clase mundial es necesario contar con universidades de clase mundial».

Curiosamente, las universidades chilenas de investigación aún no han sido invitadas oficialmente a participar en la formulación de políticas para la innovación. Más aún, una de las pri-

meras medidas del Consejo Nacional para la Innovación fue la creación del Programa de Financiamiento Basal para Centros de Excelencia, iniciativa que pretendía que los investigadores de mayor trayectoria pudieran independizarse de las universidades, pensando que de esta manera se vincularían mejor con las empresas.

Afortunadamente, la inmediata reacción de los rectores hizo que las autoridades reconsideraron esa iniciativa. Pero el problema de fondo, respecto al rol de las universidades de investigación, aún persiste. Nuestro incipiente sistema nacional de innovación es cerrado, lineal y excluyente. Lo opuesto de los sistemas abiertos, complejos y participativos que poseen aquellos países que en materia de innovación Chile quisiera emular. Además, recientemente parece haber una campaña para desprestigiar a las universidades de investigación, tildándolas de poco innovadoras. Por esta razón, las universidades se han propuesto dar a conocer el aporte que hacen y están promoviendo un debate nacional sobre las políticas públicas relativas a la innovación,

advirtiendo que es urgente «repensar» el actual sistema e invertir fuertemente en ciencia y tecnología como una primera medida para potenciar a nuestro país.

Las universidades chilenas del Consejo de Rectores y, particularmente, las universidades de investigación no temen el escrutinio público. Sobreponiéndose a los efectos de un largo período de baja inversión del Estado en educación superior, lejos de estancarse sobresalen a nivel regional y algunas de ellas han alcanzado un merecido reconocimiento internacional. Esto último se manifiesta en la invitación a participar en redes de investigación y en programas de doctorado con doble grado por parte de universidades europeas de gran prestigio.

Sin duda, si las universidades chilenas recibieran el apoyo económico que urgentemente requieren, en poco tiempo algunas de ellas podrían llegar a ser «universidades de clase mundial». Un buen ejemplo de la validez de esta afirmación es nuestra universidad, que en cada oportunidad que ha podido acceder a recursos extraordi-

narios los ha aprovechado en forma óptima. Gracias a los concursos de Mecesus puso en marcha su reforma curricular de pregrado, renovó el sistema de bibliotecas y duplicó sus estudiantes de doctorado. Haciendo uso de las nuevas modalidades de Conicyt y Corfo, ha creado dos centros Fondap, tres núcleos milenio, tres Consorcios Tecnológicos, dos incubadoras de empresas, dos programas nacionales de emprendimiento, una oficina de patentes y ha obtenido una cantidad récord de proyectos Fondef. Además, con aportes privados ha puesto en marcha la Fundación Copec UC, para la explotación sustentable de productos naturales. Esta realidad de la UC, que también se replica en otras universidades chilenas líderes, indica una voluntad real de hacer cargo del desafío de innovar para conducir a Chile hacia una nueva etapa de desarrollo económico.

Pedro Pablo Rosso
Rector